

distinta fué, en un principio, la situación del Sr. Daru: dominado por las tradiciones napoleónicas que en él se mezclaban con las creencias liberales, no había discernido de momento el peligro de la doctrina plebiscitaria y, lejos de recelar de ella, la había defendido. Quizás también comprendió ó creyó comprender que de todos modos sería obligatoria la discusión previa en el Parlamento. Pero, mejor ilustrado por las controversias que siguieron, ideó una transacción, mediante la cual aceptaba el próximo llamamiento al pueblo, pidiendo, en cambio, que para lo porvenir ningún plebiscito pudiera ser sometido al sufragio universal sin el previo asentimiento de las dos Cámaras, condición que se consignaría en el texto manoseado del senadoconsulto. Varios diputados y especialmente el marqués de Andelarre trataron de llevar por este camino al soberano; pero éste, aunque protestando de sus intenciones liberales, no quiso ni para el presente ni para el porvenir limitación alguna de su derecho. El día 9 de abril, el Sr. Daru fué recibido en audiencia por el emperador, pero de aquella entrevista no salió una avenencia, y al día siguiente dimitió aquél su cargo. De este modo, por un conjunto extraño de cosas, el acto que hubiera debido robustecer al ministerio de 2 de enero fué el principio de su quebrantamiento (1).

En el entretanto se reunió el Senado para oír el dictamen de la comisión. El espectáculo no dejaba de ser singular: se iba á coronar el edificio liberal; y sin embargo, ¿quiénes se iban?, los liberales; y quiénes se mostraban satisfechos?, los individuos de la derecha. El ponente se levantó: era el primer presidente Devienne, que en el mes de agosto de 1869 había combatido, por lo menos hasta donde se lo había consentido su carácter escéptico, la enmienda del Sr. Bonjeán, que confería al Senado el poder legislativo, y que ahora, en 14 de abril de 1870, recomendaba con la misma altanera indiferencia la teoría contraria. Su preocupación única fué acumular las fórmulas solemnemente desdeñosas que velaran su contradicción. Abrióse la discusión el 18 de abril y durante la misma se prodigaron grandes alabanzas á la Constitución de 1852, y aunque la consecuencia lógica habría sido consolidarla, no tardó en verse que aquellos elogios no eran más que una oración fúnebre, puesto que en todos los discursos se pedía la derogación de aquello mismo que nadie se cansaba de admirar. En el momento de consagrar para siempre los principios de la monarquía libre, el Senado no omitió hacer desaparecer algunas insignificantes fórmulas liberales; así, según el proyecto de la comisión, los decretos nombrando á los senadores debían ir acompañados de la manifestación «de que habían sido discutidos en consejo de ministros;» pero como esta cláusula parecía exhalar cierto perfume de parlamentarismo, la alta Asamblea, indemnizándose de sus grandes sacrificios con algunos desquites de detalle, se dió el gusto de suprimirla. Además habíanse establecido en el proyecto algunas categorías entre las cuales habría de limitarse la elección del soberano; y en el último momento se abolió esta restricción, con lo que se devolvía toda la libertad al emperador y no se desalentaba ninguna es-

(1) *Notice sur M. le comte Daru*, por M. Buffet. — *Vie de M. Cochin*, por M. de Falloux, pág. 326-330. — *Papiers de M. le comte Daru*.

peranza. Los debates duraron tres sesiones: al finalizar la última levantóse Emilio Ollivier y su palabra juvenil y brillante despertó á los senadores, quienes le aplaudieron mucho, aunque algo menos de lo que habrían aclamado al Sr. Rouher. Llegado el momento de la votación, la Constitución nueva fué votada por unanimidad, lo que parecía prueba de una aprobación llevada hasta el entusiasmo. Así acabó, en 20 de abril de 1870, el Senado constitucional á los diez y nueve años de haber nacido. Faltaba sólo desear al Senado legislativo una existencia más larga y sobre todo más útil.

III

El día 8 de mayo fué la fecha fijada para el plebiscito cuya fórmula era: «El pueblo aprueba las reformas liberales introducidas desde 1860 en la Constitución por el emperador, con el concurso de los grandes cuerpos del Estado, y ratifica el senadoconsulto de 20 de abril de 1870.» La votación debía ser secreta y por medio de sí ó no.

Una vez más iban á luchar los partidos; y ésta había de ser una buena ocasión, y por añadidura la última, para pintarlos al natural.

El 4 de abril, Emilio Ollivier había dicho en el Cuerpo legislativo: «El resultado del plebiscito no nos inquieta en modo alguno;» pero esta seguridad no era tan absoluta que con ella no se mezclaran ciertas preocupaciones. El principal temor no era el encarnizamiento de los adversarios, sino la tibieza de los indiferentes: temíase la inercia de la clase media, pero se temía aún más el embotamiento de los labradores, que aquel año se habían retrasado mucho en sus faenas agrícolas y sólo pensaban en recuperar el tiempo perdido. Era preciso evitar que el triunfo fuera demasiado modesto, y sobre todo precaverse contra las abstenciones. El día 23 de abril, el emperador dirigió al pueblo un manifiesto en el que se rendía homenaje brillante á la soberanía del sufragio universal y se recordaban todas las pruebas de confianza que en los últimos diez y ocho años habían estrechado los vínculos entre el príncipe y la nación. Al día siguiente, los ministros, por medio de una circular colectiva, solicitaron el concurso de sus subordinados: no daban una orden, decían, sino un consejo patriótico; del funcionario separaban al ciudadano y, haciendo un llamamiento á éste, le invitaban á votar en favor del Imperio. Estos consejos ligeramente platónicos ¿fueron acompañados de sugerencias más concretas? El ministro del Interior, Sr. Chevandrier de Valdrome, llamó á los prefectos y les recomendó que no omitieran ningún medio legítimo para triunfar: los representantes del gobierno debían abstenerse de toda presión, pero no habían de vacilar en desplegar, según la propia frase del ministro, una *actividad devoradora*.

Aunque esta exhortación á una *actividad devoradora* denunciase un principio de excitación, los consejeros del emperador estaban demasiado celosos de su dignidad para resucitar los abusos que más de una vez habían deplorado. Sólo en los últimos días las provocaciones revolucionarias les movieron á tomar algunas represalias; pero si ellos habían puesto empeño en dejar descansar sus armas más temibles, sus amigos no daban pruebas de la misma reserva. La mayor habilidad ha-

bía de consistir en crear fuera de la acción oficial una organización bastante poderosa y también bastante amplia para que en ella cupieran todos los partidarios del Imperio; de esta manera la causa del gobierno sería apoyada sin que el gobierno se comprometiera personalmente.

En esta conducta estaría la verdadera prudencia; sin embargo, en la práctica ofrecía grandes dificultades; porque ¿en dónde encontrar tan preciosos aliados? El gobierno tenía amigos tibios á quienes sería difícil enardecer, y amigos peligrosos á quienes convenía conservar en segunda fila.

Los amigos tibios eran los del centro izquierdo que siempre habían desconfiado del juicio de Ollivier y en cuyas cartas aparecen muchas señales de estas desconfianzas (1). La salida de los Sres. Buffet y Daru del ministerio había aflojado aún más los vínculos ya muy relajados. «¿Qué sería del gobierno parlamentario, decían aquéllos, si el jefe del Estado pudiera en cualquier momento pasar por encima de las Cámaras y ponerse al habla con la nación?» Los diputados de aquel grupo se preocupaban demasiado de la tranquilidad pública y respetaban demasiado su propia voluntad para emitir un voto hostil; tampoco se refugiarían, según todas las probabilidades, en la abstención; pero ¿cuánto había de costarles aquel sí que en definitiva pronunciarían! ¡Y con qué ingenio, con qué facilidad, con qué profusión de argumentos exponían las razones que había para decir *no!* Desesperábase de que todos los votos afirmativos hubiesen de tener, al salir de la urna, la misma apariencia, y de buena gana habrían inventado boletines de distintos matices que expresaran el sí más gruñón y más desagradable. ¿Podía pedirse la propaganda á unos amigos tan desabridos? ¿No sería ya mucho asegurarse de su silencio? Entre estas gentes se deseaba el éxito, pero el éxito mínimo, un éxito que no llegara al triunfo; lo suficiente para salvar al Imperio, pero no lo bastante para inspirar la infatuación.

Al lado de estos amigos desengañados había los amigos comprometedores, es decir, los partidarios del Imperio autoritario. Estos no pedían otra cosa que emplear todas sus fuerzas, luchar en la vanguardia, y su propósito, al combatir, era lograr de un solo golpe dos objetos. El plebiscito había de asegurar la derrota de la demagogia, anegada decididamente en las olas del sufragio universal, y este sería el primer fruto del triunfo; y por otra parte, los votos afirmativos serían presentados al emperador como prueba de su popularidad personal. De modo que á un tiempo mismo se reavivarían en Napoleón los recuerdos de 1852 y se estrecharía más la antigua unión del pueblo y del Imperio. Y entre estas dos fuerzas, ¡qué otras fuerzas, aun las del propio Parlamento, no serían trituradas! A la victoria contra la Revolución se uniría, por consiguiente, una segunda victoria, la obtenida sobre los mismos que imprudentemente habrían empeñado la batalla y serían, en apariencia, los que se aprovecharían de ella. Los más ardientes de entre ellos descubrirían sus pensamientos, como niños mal educados; pero los políticos evitaban todas las manifestaciones ruidosas, debiendo consistir

su principal esfuerzo en alterar suavemente el sentido del llamamiento al pueblo. Consultando sólo los términos del plebiscito, la respuesta afirmativa implicaba una aprobación de las reformas liberales; el trabajo de los bonapartistas autoritarios había de ser involucrar esta cuestión en una cuestión más grande y transformarla en una opción entre el Imperio y la anarquía. El espíritu sencillo del pueblo, poco acostumbrado á la metafísica constitucional, vendría en ayuda de esta hábil desviación, y el plebiscito, apartado de esta suerte de su fórmula primitiva, sería una solemne renovación de adhesión al Imperio, no especialmente al *Imperio liberal*, sino al Imperio *sin epíteto*, al Imperio tal como el país lo había sostenido y aclamado durante los últimos diez y ocho años. Dentro de este criterio á beneficio de este comentario, los viejos imperialistas ofrecían sus influencias, su plana mayor y su experiencia electoral; y se ofrecían con seguridad tanto más tranquila cuanto que las recientes dimisiones habían alejado del gabinete á sus más vigilantes adversarios. Y si el plebiscito resultaba un gran éxito, no celebrarían ruidosamente el triunfo ni pedirían para ellos la recompensa; lo único que harían sería proteger al ministerio, depurarlo poco á poco y prescindir, por el sistema del aplazamiento, de las reformas molestas. Apoyarían y aplaudirían al Sr. Ollivier, pero aislándolo, atrayéndolo por progresiones insensibles. Una labor parecida se realizaría cerca del emperador y de esta suerte se iría restaurando por grados el poder personal bajo el amparo de aquellos que habían recibido la misión de destruirlo.

Este mal humor de los unos y este celo sospechoso de los otros hacía sumamente difícil para el gobierno la elección de sus auxiliares: entre el centro izquierdo que no se ofrecía, y la derecha que se ofrecía demasiado, el principal apoyo, el único completamente seguro era el centro derecho. Celebráronse algunas reuniones en el hotel del Louvre y bajo los auspicios de aquel grupo se formó un comité que se denominó *Comité central plebiscitario* y se estableció en la calle de Rivoli. Presidiólo el duque de Albufera y se compuso de diputados y además de senadores y periodistas: á los miembros del centro derecho, señores Chesnelong, Mege, Mackau, Josseau y Dupuy de Lome, se agregaron dos de los individuos más importantes de la derecha, los señores Jerónimo David y Pinard, figurando entre los delegados de la prensa Clemente Duvernois. Esta composición, lejos de significar una inconsecuencia, revelaba una hábil sagacidad. Hubiera sido imprudente entregarse á los bonapartistas autoritarios, abandonarles una parte preponderante de dirección; en cambio, confundidos con el centro derecho, sólo representaban una fracción notable del partido conservador: de este modo el gobierno no se veía absorbido por ellos, y al mismo tiempo, aceptando su colaboración, se les quitaba la tentación de entrar en campaña por su propia cuenta. El primer cuidado del Comité central fué dirigir una excitación á los consejos generales para que á su vez agruparan en torno suyo á los consejeros de distrito, á los municipales y, en una palabra, á todos aquellos que, hallándose en posesión de un mandato electivo, tenían un título para guiar á sus conciudadanos (2). De todas

(1) Véanse especialmente las cartas del Sr. Lambrecht al señor Corne (*Félix Lambrecht*, por M. Desjardins, págs. 53-54).

(2) Circular del 18 de abril.

las exhortaciones, la más apremiante fué combatir la abstención, que se calificaba de «defección á la libertad» ó de «complacencia para con los hombres de desorden.» Contábase con el concurso del clero, pero no sin cierta desconfianza al mismo tiempo, pues aun cuando los ministros reunidos en Roma daban las mayores seguridades al ministro de Cultos, en cambio el periódico *L'Univers*, que entonces gozaba de gran consideración, se negaba obstinadamente á influir sobre sus suscriptores (1). Bajo los auspicios del *Comité central* se fundaron numerosos sub-comités, de los que muy pronto se contaron ochenta en París y trescientos cincuenta en los departamentos (2).

Mientras el gobierno se organizaba de este modo, los partidos hostiles ofrecían un espectáculo singular, los unos prolongando sus perplejidades ó adoptando una actitud pasiva y los otros asaltando resueltamente el poder y la sociedad.

Pocas palabras bastan para explicar la situación de los legitimistas. Como el rigor de sus doctrinas les impedía consagrar el imperio, los dos periódicos del partido no discutían más que sobre un punto: *L'Unión*, órgano oficial del conde de Chambord, se limitaba á predicar la abstención; *La Gazette de France*, que hacía una oposición más activa, opinaba porque se emitiera el voto negativo. Justo es añadir que en los distritos rurales muchos monárquicos, más ávidos de tranquilidad que amantes de la lógica, no habían de seguir ni uno ni otro consejo: sensibles ante todo al peligro social, irían á votar de mala gana y algo vergonzosamente, y pidiendo perdón á Dios y al rey emitirían como á escondidas un voto favorable. Esta era una de las muchas variedades de aquellos *sí* pronunciados á regañadientes que, confundidos en la urna con los *sí* entusiastas, darían al imperio una apariencia de aclamación unánime.

Mayores todavía eran el fastidio y la perplejidad entre los orleanistas y entre los liberales que oscilaban á igual distancia de la monarquía parlamentaria y de la República, fluctuando perpetuamente entre el temor á los reaccionarios y otro temor completamente opuesto, el temor á los demagogos. Los días que faltaban para el escrutinio empleábanlos en desahogar su mal humor. Sólo uno de ellos se mostraba satisfecho, el Sr. Laboulaye, quien más familiarizado con las costumbres suizas ó americanas que con las prácticas de Inglaterra, veía en el llamamiento al pueblo un medio de corregir los abusos del parlamentarismo; en todos los demás, la reflexión en vez de disipar las incertidumbres las aumentaba. Los señores Thiers, Dufaure y Allou eran partidarios de la abstención ó del voto negativo; Guizot, en cambio, aconsejaba, aunque con pena, la adhesión. La nota más corriente era una resignación mezclada con cierta ironía: «Puesto que se ha presentado el plebiscito, escribía Saint-Marc-Girardin, vale más votarlo;» y después de haberse mofado de la extravagante idea que había querido que además del senadoconsulto hubiera el plebiscito como una especie de canonización, como una promesa de inmortalidad, concluía diciendo: «Votaremos esta inmortalidad recordando esta frase de los

(1) Véase *L'Univers* de 5 de mayo de 1870.

(2) Declaración de Clemente Duvernois al Cuerpo legislativo, sesión de 27 de mayo de 1870.

lacedemonios: «Ya que Alejandro quiere ser Dios, que sea Dios (3).»

Todo lo que eran vacilaciones y confusión en los partidos intermediarios transformábase en el partido democrático en actividad ardiente y entusiasta. Los republicanos no podían esperar una mayoría y no eran tan insensatos que pretendieran obtenerla; pero si conseguían predominar en París y en algunas grandes ciudades y echar raíces en ciertos departamentos, los territorios conquistados se destacarían como otros tantos islotes teñidos de rosa ó de rojo vivo en el mapa uniforme del imperio. Y con el tiempo esos islotes se extenderían y quién sabe si llegarían á juntarse. De aquí el esfuerzo violento que realizó ese partido, esfuerzo que dirigieron en particular los exaltados.

Entonces fué cuando éstos se ensayaron decididamente en la dirección del partido. Hacía tiempo que los diputados moderados, como Ernesto Picard, habían sido relegados á último término, y el grupo que formaban era designado desdeñosamente con el nombre de *izquierda abierta*, porque no se negaba á franquearse con los liberales. Otros diputados de matiz más exclusivo, como Grevy, Ferry y Gambetta, constituían la llamada *izquierda cerrada*, en oposición á la izquierda abierta, y se vanagloriaban de mantener la disciplina en torno suyo. Al tener noticia del plebiscito, se unieron con algunos representantes de la prensa, como Peyrat, Pedro Lefranc, Duportal, y de esta colaboración común salió un manifiesto que el primer día pareció violento y muy pronto resultó pálido, tal era la violencia de lo que luego se dijo y se escribió. La propaganda antiplebiscitaria reveló todos los progresos recientes de la demagogia. La gente de orden ya se había resignado con la prensa radical parisiense, con el *Rappel*, con el *Reveil*, con la *Marseillaise* y aun decían los optimistas: «Después de todo, esos periódicos son útiles á su manera, aunque sólo sea para servir de espantajo á los burgueses;» pero de pronto se supo, no sin estupor, que los diarios de la capital tenían émulos en provincias: en Marsella *Le Peuple*, dirigido por Naquet; en Tolosa *L'Emancipation*, redactada por Duportal; en Grenoble *Le Reveil du Dauphiné*, fundado por Vogeli; en el Gers *L'Avenir*, creado por Lissagaray; y en Carcasona *La Fraternelle*, inspirada por Marcou. Toda esta prensa departamental había crecido subrepticamente, tenía sus lectores en las ciudades y hasta se propagaba en algunas poblaciones rurales, en donde despertaba los recuerdos mal extinguidos del socialismo. A la acción de los diarios añábase la influencia de la *Internacional*, que en aquella primavera de 1870 contaba 245.000 adeptos (4) y que desde París se había extendido á Ruán, á Lyon, á Marsella, á Saint-Etienne y á otras ciudades menos importantes, y reclutaba adhesiones entre los mismos trabajadores del Var. En los centros obreros, las huelgas eran el gran medio de agitación: las hubo en Limoges, en París, en Burdeos, en todas partes más ó menos; pero la más singular de todas fué la de Fourchambault que estalló sin motivo

(3) *Journal des Debats*, 21 de abril de 1870.

(4) Tercer proceso de la *Internacional*, exposición de hechos por el fiscal imperial Aulois (*Gazette des Tribunaux*, 23 de junio de 1870 y números siguientes).

aparente: no se había formulado queja alguna contra los patronos ni había habido petición de aumento de salario; no hubo más que una orden de la *Internacional* que fué obedecida ciegamente (1).

A medida que se acercaba el plebiscito, todas las pasiones se desahogaban en las reuniones públicas, y aunque la concurrencia á éstas fué menor que en 1869, pues la curiosidad pública estaba fatigada, en cambio fué mayor la violencia. Las sesiones comenzaban por la elección de un presidente honorario, siendo por lo general aclamados como tales Rochefort, Flourens y Megy, á quienes se agregó muy pronto un extranjero llamado Cernuschi que había dado 100.000 francos para la caja antiplebiscitaria. Los oradores habituales fueron Ulrico de Fonvielle, que se había hecho famoso después del asunto de Víctor Noir, Lissagaray, Lefrançais, Milliere y un tal Cavalier, apodado *Pipe-en-Bois*. De cuando en cuando se presentaba un joven llamado Raül Rigault, rencoroso, impudente, desaliñado, que lanzaba al auditorio algunas frases frías y siniestras como la cuchilla del verdugo. ¿Convenía abstenerse ó votar negativamente? Los más fanáticos optaban por la abstención, fundándose en que un voto, aun siendo hostil, implica un reconocimiento del régimen establecido, y aun se llegó á componer una *Marselesa* abstencionista, cuyos acentos alteraban con los de los oradores en prosa. Sin embargo, varios hombres de club no se cansaban de aconsejar al pueblo que acudiera á las urnas, y sea por ilusión increíble, sea por fanfarronada, predecían que el plebiscito sería el «Waterlód del Imperio.» Presencióse en aquella ocasión un verdadero desenfreno de insultos; apenas si se combatía á Ollivier, pues el verdadero blanco era el emperador, á quien llamaron primeramente el hombre de Diciembre y después el Sr. Bonaparte ó el Ejecutivo. Y hasta un día se redactó una especie de sentencia precedida de considerandos, por la cual se condenaba á Napoleón á trabajos forzados á perpetuidad (2). Esas chocarrerías malvadas sólo merecían desprecio. Otros hechos revelaban una idea menos grosera. Con bastante frecuencia aparecían en los clubs hombres que se titulaban antiguos soldados: uno se jactaba de haber desertado; otro que se proclamaba «ex disciplinario colonial» había viajado un poco por todas partes, aunque no voluntariamente, y contaba de sus viajes cosas espantosas. Y luego se leían públicamente cartas que se decían escritas en los cuarteles y firmadas de un modo ininteligible, por temor á los castigos, en las cuales se denunciaban las brutalidades de la disciplina ó la tiranía de los jefes. A esto se le llamaba *tratar la cuestión militar*. La propaganda más fructuosa había de ser la que se ejerciese fuera. En los barrios populosos del Norte y del Este de la ciudad, en el Chateau-d'Eau, en el arrabal de San Antonio, se habían construído cuarteles que eran verdaderas fortalezas contra la rebelión. Imitando el proceder de las mujeres extraviadas que se sitúan en las esquinas de las calles, varios individuos espían á los soldados que entraban ó salían y les entregaban ejemplares de *La Lanterne* y de *La Marseillaise*, retra-

(1) *Enquête sur les causes de l'insurrection du 4 septembre, rapport de M. Chamillard*, págs. 294-295.

(2) Véase el proceso Lermina (*Gazette des Tribunaux*, 8 de mayo de 1870).

tos, litografías, almanaques ó paquetes de tabaco envueltos en proclamas. Todo se explotaba, lo mismo la ignorante credulidad de los soldados que la semiciencia de los sargentos; y de cuando en cuando uno de estos infelices se dejaba llevar á una reunión pública, en donde su presencia era saludada con ovaciones, con pataleos y con gritos delirantes, haciéndosele sentar á la mesa presidencial y dedicándole los honores de la sesión, después de la cual le arrastraban de taberna en taberna en una forma equívoca, mitad de triunfador, mitad de rehén. Estos esfuerzos redoblaron en los últimos días que precedieron al plebiscito: «Cuando tendremos los chassépots, decían los corifeos de las reuniones públicas, lo habremos ganado todo.»

Emilio Ollivier, que hasta entonces se había contenido, sublevóse al ver tanta mala fe: «Somos la moderación, había dicho un día en el Cuerpo legislativo; pero, si es preciso, seremos también la fuerza.» Al acercarse el término del período plebiscitario, no se contentó con fiarse de sus amigos, sino que se lanzó á la lucha personalmente, y en lenguaje que se parecía mucho al de las antiguas candidaturas oficiales, estimuló el celo de los jueces de paz, del clero y de los magistrados. Ordenó, además, que en París y en las provincias fuesen detenidos los jefes de la Internacional por el doble delito de asociación ilícita y de sociedad secreta; respondió con reiteradas órdenes á aquellos de sus subordinados que temían la inoportunidad de ciertos rigores, diciéndoles: «Ya es tiempo de que se sienta la mano del gobierno;» y dedicó su vigilancia á los excesos de las reuniones públicas, haciendo recomendaciones como esta: «No vaciléis en hacer un escarmiento ejemplar, y sobre todo dad en la cabeza; proceded contra los abogados, contra los caballeros, más bien que contra los pobres diablos del pueblo.» En el Var, ciertas agrupaciones publicaban libelos odiosos; y el ministro de Gracia y Justicia ordena que se incoen inmediatamente los oportunos procesos. En el entretanto, la violencia de la prensa no reconoce límites, y ante este exceso de provocaciones Emilio Ollivier encarga á los fiscales que procedan con rigor, telegrafíandoles en estos términos: «Procesad á todos los periódicos de vuestra jurisdicción que publiquen excitaciones á la guerra civil ó ultrajes contra el emperador; pues no podemos presenciar con los brazos cruzados los desbordamientos revolucionarios.» Y luego añade para ponerse á cubierto de cualquier reproche de inconsecuencia ó de rigor intempestivo: «Respetad la libertad; pero la provocación al asesinato y la guerra civil es contraria á la libertad (3).»

En aquella lucha contra los facciosos, el colmo de la felicidad para el gobierno había de ser que la divulgación de una intriga criminal ó el descubrimiento de un complot hicieran que todas las almas honradas se pusieran de su parte; pues bien, esta suerte no le faltó.

El día 30 de abril, el *Journal officiel* publicó un suelto destinado á producir sensación: había sido detenido un hombre procedente de Londres y llamado Beaury, que llevaba un revólver de seis tiros, una cantidad de dinero y además una carta de uno de los refugiados en la capital inglesa, y que, acosado á preguntas, con-

(3) Véase *Papiers des Tuileries*, tomo I, páginas 326 y siguientes.

fesó que había venido á París con intención de matar al emperador. Y á continuación se decía que se habían practicado algunos registros en el barrio del Padre-Lachaise, en casa de un tal Roussel, ebanista, y que si bien aquel á quien se buscaba había huido, habíanse encontrado en su domicilio veintiuna bombas.

Faltaban ocho días para la votación, y al día siguiente, para completar la información, el *Journal officiel* habló de otras diligencias y de una amplia información que se estaba practicando. El día 4 de mayo, como para aumentar la emoción, publicóse un decreto convocando la sala de acusaciones del Alto Tribunal. A esto siguió una larga memoria del fiscal general Grandperret, que constituía un cuadro completo y minucioso de todos los manejos revolucionarios y parecía un relato hecho expresamente para la mayor edificación de los contemporáneos y para mayor comodidad de la historia: nada se omitía en ella, ni el tumultuoso entierro de Auteuil, ni el *brindis á la bala*, ni los disturbios que habían acompañado y seguido á la prisión de Rochefort; y después de los hechos generales, descendíase á los detalles, mencionando los conciliábulos, citándose frases atroces, enumerándose las suscripciones destinadas á comprar armas, y aludiéndose á nuevas substancias químicas que habían de precipitar las destrucciones. Todas estas intrigas, todos estos proyectos, decía en aquel documento, habían sido descubiertos gracias á las indiscreciones de los cómplices y á las revelaciones de los denunciadores. Incluido en esta magistral exposición, el miserable propósito de Beaury parecía la ramificación de una vasta empresa en la que podrían perecer el Imperio y la sociedad. La publicación de aquella memoria resultaba hecha en momento tan oportuno, que aquella conspiración tan útil descubierta en ocasión tan propicia despertó cierto escepticismo. Y la verdad es que desde hacía un año se abrigan sinestros designios en los antros demagógicos y que desde este punto de vista la memoria del fiscal general no divulgaba nada que no estuviese probado; sin embargo, un arte ingenioso había agrupado los hechos, uniéndolos por medio de un enlace no siempre muy sólido, y había presentado como acuerdo universal entre los facciosos lo que no pasaban de tentativas, criminales sí, pero débiles y tontas; en esto se veía la mano del gobierno. No, la policía no había inventado el complot, pero ¿sería calumniarla decir que lo perfeccionó?

IV

El día 8 de mayo comenzó la votación. En el ardor de las disputas había desaparecido el objeto primitivo de la consulta nacional; nadie pensaba en el senado-consulta ni en las reformas liberales y la única cuestión era saber quién quería el robustecimiento y quién la destrucción del Imperio. Desde por la mañana una muchedumbre tranquila llenó los colegios electorales: eran los electores pacíficos que se apresuraban á cumplir su deber cívico antes de irse al campo á disfrutar del descanso del domingo. El día transcurrió sin incidentes, pero á cosa de las cinco formáronse algunos grupos y un aviso del prefecto de policía invitó á la población á que conservase la calma; á las seis principió el escrutinio que se realizó en medio de una ansiedad ligeramen-

te tumultuosa; y por la noche conociéronse los resultados de París y del departamento del Sena, que eran: 138.000 sí, 184.000 no, 83.000 abstenciones y 9 ó 10.000 votos nulos. Después fueron llegando los datos de Lyon, de Marsella, de Burdeos, de Tolosa y de Saint-Etienne, grandes ciudades en todas las cuales los no estaban en gran mayoría. En las Tullerías, en donde se esperaban las noticias, los primeros despachos causaron, según parece, una impresión profunda: la emperatriz estaba irritada, el príncipe imperial exasperado y los cortesanos no cesaban de prorrumpir en exclamaciones de indignación. Únicamente el emperador conservaba toda su calma, como hombre aguerrido contra las emociones demasiado precipitadas y como soberano confiado en el afecto de su pueblo. Más entrada la noche se recibieron los resultados generales de los departamentos que destruían las esperanzas de la oposición y que, si bien no era aún posible precisar las cifras, bastaban para disipar cualquier alarma.

El partido demagógico quiso celebrar la votación de París y protestar contra la defección del pueblo rural; así es que, como después de la votación de 1869, hubo durante tres días conatos de rebelión, que fué una nueva revista de las fuerzas revolucionarias, una nueva serie de escaramuzas, una especie de prefacio de un gran combate que los demagogos no se atrevían á librar. En el Chateau-d'Eau, en el arrabal del Temple, en Belleville, en la Villette, hubo grupos, tumultos, colisiones con los municipales y comienzos de barricadas; hubo también muchos gritos de «¡viva Rochefort!, ¡viva la República!», y sobre todo el de «¡viva la tropa de línea!» grito este último que era á la vez una esperanza y una manifestación de gratitud, pues en ciertos cuarteles, especialmente en el del Príncipe Eugenio, el número de los votos negativos había sobrepujado todas las previsiones.

Los diarios, entre tanto, multiplicaban sus ediciones á fin de aumentar su venta y al frente de sus columnas y en grandes caracteres estampaban toda clase de títulos sensacionales como habrían hecho en plena sublevación. Este procedimiento, que hoy es vulgar, era entonces nuevo; así es que muchos lectores de los departamentos, al recibir sus diarios, fueron víctimas de aquel engaño mercantil y creyeron á pie juntillas que los sucesos anunciados en letras tan gordas eran realmente sucesos muy trágicos. En el momento en que París recobraba su aspecto más tranquilo, la gente de provincias abrigó temores por la capital, siendo necesarios los reiterados avisos de la autoridad para devolver el sosiego á los ánimos.

Al cabo de algunos días se conocieron los resultados definitivos, que se descomponían en 7.358.786 votos afirmativos, 1.571.939 sufragios negativos, 1.894.681 abstenciones y 113.978 votos considerados como nulos (1). Napoleón III, á pesar de las intrigas de los partidos y á despecho de sus propias faltas, acababa de encontrar de nuevo la mayoría triunfante que lo había elevado al trono. El examen detallado de la votación sugería diversas observaciones. Las regiones del Norte, del Oeste y del Sudoeste habían aclamado el Imperio casi unánimemente; sólo desentonaban en este conjunto los departamentos del Sena Inferior, del Loira Infe-

(1) *Bulletin des Lois*, 1870, n.º 1813.

rior y del Gironda. En la región del Este, en los alrededores de París y en algunos departamentos del centro los esfuerzos de la oposición habían sido menos estériles y los sufragios negativos habían alcanzado en muchos puntos la proporción de 15 á 20 por 100. Pero donde con más fruto había trabajado el partido democrático era en el Sudeste, en el valle del Ródano: en los departamentos del Isere, del Drome, del Vaucluse, del Var y del Herault, los votos hostiles representaban de 25 á 40 por 100; y en las Bocas del Ródano la mayoría había sido contraria al plebiscito. Estas comarcas,

siendo de que el prestigio de la disciplina y la fidelidad al nombre de Napoleón evitarían toda disonancia. Además, varios cuerpos, muy estropeados por el contacto con la peor parte del elemento civil, habían llevado la oposición hasta el escándalo en París, Lyon, Estrasburgo, Metz y Saint-Etienne; en Tolosa, en uno de los batallones de los cazadores de á pie, los no estaban en mayoría. De aquí desengaños que encontramos reflejados en las cartas llenas de excusas, de lamentaciones y de confusión con que los generales y los oficiales desautorizaban los extravíos de sus soldados (2).



El duque de Gramont

como se ve, eran precisamente aquellas en donde habían estallado después del golpe de Estado las sublevaciones socialistas. De manera que Napoleón ni se había atraído con sus servicios á sus enemigos, ni había cansado á sus amigos con sus faltas. Argelia, el resultado de cuya votación había llegado con algún retraso, había votado, como el Sena y como las Bocas del Ródano, contra el Imperio; lo cual se explicaba, ora por ciertos agravios de la colonia contra la metrópoli, ora por el espíritu de la población civil, turbulenta, agriada y que en mucha parte sólo había encontrado penuria allí donde esperaba encontrar la fortuna. De todos los comentarios á que dió lugar el plebiscito, los más animados fueron los provocados por los votos militares. Ciertamente tan exageradas eran las lamentaciones de los amigos del Imperio como las esperanzas de sus adversarios, ya que mirado el ejército de mar y tierra en su conjunto resultaba en él la misma proporción de sufragios favorables ó contrarios que en el resto del país (1); pero los imperialistas habíanse hecho la ilu-

No hay manifestación electoral que los partidos no exploten en provecho propio; y el plebiscito de 8 de mayo corrió la misma suerte que todas las manifestaciones análogas. De todos los comentarios á que dió lugar se desprendieron tres interpretaciones. Los bonapartistas autoritarios decían que la nación, al aclamar nuevamente al Imperio, había querido renovar el pacto de 1852 y que el emperador podía, por consiguiente, edificar á su antojo sobre el terreno desembarazado de todos los elementos hostiles. Los revolucionarios, sin molestarse en hacer más amplios cálculos, dividieron la nación en dos partes: la de los ciudadanos ilustrados que vivían en las ciudades, y la de los aldeanos mal desbastados que vegetaban en el campo, representando éstos el número y aquéllos, en cambio, la inteligencia. Y puestos en este terreno, los demócratas completaban su razonamiento, ora con tranquilo aplomo, ora con el refuerzo de algunas declamaciones furibundas, y juzgando que los votos deben pesarse y no contarse, se mostraban tan satisfechos como si hubiesen alcanzado

(1) Votos del ejército de tierra: 254.749 sí, 41.748 no, y 2.997 votos nulos. Votos del ejército de mar: 23.895 sí, 6.009 no, y 506 votos nulos.

(2) Véase *Papiers des Tuileries*, tomo I, págs. 340-341. Véase también *Souvenirs du général Lebrun*, pág. 64. Véase asimismo la sesión del Cuerpo legislativo de 8 de junio de 1870.